

INCERTAMEN

3.º Premio • Año 1999

Requiém por los ácaros
azules

Marga Forriols Pajarón

Te observo en mi sueño. Veo cómo te deslizas entre las sábanas de algodón y pelusilla. En la claridad de tu dentadura postiza, me reflejo y me revelo. No quiero mirarme entre tus muelas, a no ser que participe tu lengua en el reconocimiento médico de mis pliegues.

Te quise, te quiero y te querré... supongo, mientras me sigas trayendo el desayuno a la cama con flor seca y sin galletas, mientras me leas cuentos por las noches, o por la tarde, mientras me sigas comprando pescado fresco en el mercado de los colores exhuberantes...

Me imagino que te voy a querer siempre... hasta cuando tú ya no me quieras, o no puedas quererme.

Aquella mañana no te levantaste. Tu dulce expresión adolescente se tiñó de azul, de un azul semivioleta cargado de paz y metileno. No respirabas, te limitaste a quedarte dentro de un molde, con todo tan rígido como la porcelana.

No me asusté. Había llegado el momento de darle la vuelta al colchón y a mi estado civil. Estabas muerto... y tan frío, que la escarcha ya cubría parte de tu rostro lechoso. De golpe, había regresado el crudo invierno en plena primavera.

-¿Por qué te has ido?

Te pregunté. No me resignaba. Todavía eras muy joven para morirte así, de esa manera, a la francesa y sin avisar.

-No lo sé, supongo que tenía que morirme un día, y estaba tan a gusto en esta postura que así me he que-

dado.

Aún en la progresiva frialdad de la muerte, conservabas algo cálido, luminoso, fértil...

-No te da un poco de claustrofobia pensar en lo del ataúd.

Se quedó todavía más helado de lo que estaba... lo cierto es que no movió ni un músculo, ni una pestaña, pero unos minutos fueron suficientes para pasar del azul más puro a la sombra más oscura y triste.

-Bueno, lo de morirme no es problema, pero el detalle del ataúd es algo que todavía no he asimilado.

Me contestó sin voz. Tenía los sentidos resecos, acartonados y estrechos. Mientras tanto, mi morbosa curiosidad infantil se iba intercalando por cada una de sus comisuras ya sin vida.

-¿Te ha dolido algo? Cuéntame cómo se traspasan las puertas eternas.

El sonido telepático de alta fidelidad era toda una novedad para mí.

-Lo del ataúd me tiene preocupado...

-No te obsesiones con eso, ¡pero si tú ya ni sientes ni padeces! Qué más te da, además si tanto te preocupa la cuestión, podemos encargarnos uno aerodinámico de diseño futurista con compact disc.

Algo parecido a un gesto virtual, dio la razón a mis palabras.

La resignación y el conformismo, paralizaron, de momento, su progresivo estado de putrefacción que ya

se aceleraba por el problema hipocondríaco de la caja.

Allí estaba. Inmóvil, tumbado en la cama, perfectamente adaptado al homicidio.

Lo miraba en su último término, en su contradanza, en su intensa rigidez. Pensaba en sus sentidos vacíos... en sus sensaciones inhabitadas y el alma se me llenaba de garrapatas.

-¿Sabes qué es lo que peor llevo de estar muerto?

-No... bueno sí, lo del habitáculo de pino, supongo.

-Tu arroz con acelgas era extraordinario, no me hago a la idea de no volverlo a probar.

Y yo que pensaba que era una mediocre cocinera. Me dejó sorprendida, y un espasmo de vanidad se me desparramó por toda la superficie, salpicando su cada-vérico y lívido pellejo.

Quería seguir investigando sobre su nuevo estado de anticuerpo morado, sobre su prematura inmaterialidad. Quería saber qué cosas le rodeaban en aquellos nuevos paisajes... lo quería saber todo, y esta insistente curiosidad de insufrible quinceañera, acabó por crisparle los nervios.

-¿Sabes que haces demasiadas preguntas! Hieres mi sensibilidad de difunto reciente. ¿Y tus lágrimas? ¿Dónde están? Se supone que deberías llorar mucho. Tenía que haberme muerto en otro sitio, quizás en plena calle, debajo de un camión o en el bar de la esquina.

Estaba muy alterado y eso no era bueno ni para su funeral ni para nuestra despedida. Me sentí un poco mal, bueno bastante mal. El estaba muerto al fin y al cabo y

yo todavía no había pensado en el color del luto. El ya era eterno, formaba parte de los cuerpos celestes, se encontraba instalado en otra dimensión... quizás hasta en otros planetas no identificados.

Sentí un dolor muy fuerte y vivo, pero el ciclo imparable de la vida seguía y yo tenía que llamar a la funeraria.

Abrí las ventanas, el sol brillaba. Una brisa suave me abofeteó cariñosamente la cara. Necesitaba respirar. No quería seguir alimentando mi pena inmedicable. Estaba saturada por todo lo que se me avecinaba. Trámites, papeleos, certificados de defunción... y lápidas negras. Era la NADA muerta y sin futuro.

Volví hacia el improvisado velatorio sin velas. Él seguía allí, tan tieso como una sardina seca.

-Crees que me harán la autopsia.

De forma inesperada, el frío se me contagió hasta helarme el más profundo de mis fluidos. La autopsia era un detalle que no había tenido en cuenta. Lo descuartizarían como a un pollo de corral. En el exhaustivo análisis de sus vísceras, descubrirían sus más íntimos secretos, sus más profundas inquietudes y misterios. No podía permitir que un médico forense, ajeno a nuestros juegos, compartiera intimidades de nuestra doble vida, compartiera incluso lo no compartible.

-Prefiero que me hagan la autopsia a que me metan en el ataúd.

Ese pensamiento de encajonarse le seguía obsesionando, pero a mí me parecía mucho más inmoral que un

desconocido, examinador de cadáveres, redactara alegremente el inventario de sus efectos personales.

-No te preocupes cariño, no permitiré que te cosan como a una morcilla sin vida privada.

Por la hora que era, supuse que ya no tardarían mucho en llegar. Primero el médico de urgencias, con la firma letal y después los operarios de "El Último Suspiro", la empresa enterradora... Me preguntaba si era mejor peinarlo un poco o dejarlo así, con sus cabellos en erección y el pijama de franela.

-He decidido no ir a tu funeral. Prefiero recordarte aquí en mi cama, tumbado plácidamente y con la inocente intención de encender la luz.

Había sido tu última luz. ¡Maldita muerte eléctrica con lamparilla! Maldecía una y mil veces el miserable espectáculo luminocinético. Todavía no podía creer lo de los cables entrepelados. Al menos habías sido coherente con tu programa existencial. Tu ruptura con la vida fue tan simple y contundente como lo habían sido tus pensamientos. Así te marchaste... así me dejaste, sin plomos y sin cerillas.

-Quiero que me quemen. No soporto la eterna rutina del ataúd, el nicho y todo eso.

Su nueva decisión generaba nuevos trámites, requileres de tumbas y seguramente más gastos. Se trataba de un alma inquieta hasta en el punto más estático de la muerte. Sería mejor para el hombre del tiempo complacerle en su última voluntad.

-Estas seguro que lo que deseas es consumirte a

fuego lento... ¿Y las cenizas qué?

No contestó enseguida. Algo inexplicable me hizo sentir partícipe de su recién estrenada perpetuidad.

-Puedes hacer con ellas lo que quieras.

Toda su dignidad pendiente del hilo de mis caprichos. Lamenté mi felicidad. Por un momento pensé en quedármelas para siempre. Me seducía la idea de tenerlas entre mis botes de especias, entre las huellas de mis nuevos amantes, formando parte del resto de mi vida. Todo su ser reducido a medio kilo de polvo, con ácaros, bayetas azules y formato de cosmético con que pintarse la cara.

Toda la sustancia de su cuerpo en una cajita de plata, encima del televisor, compartiendo protagonismo con las figuritas de escayola, obsequio de bodas y bautizos. Toda su eternidad sobre un tapete de ganchillo y flores de plástico... También lo podría meter en un calcetín y colgarlo del espejo retrovisor de mi coche. Podría llevarlo siempre encima, o debajo, también de viaje, a la oficina... Pensar en su omnipresente presencia molida me ilusionaba en el fondo, pero, aunque apetecible, no era una buena idea. Todavía tenía que filtrarse por el resto del mundo, dejándose llevar por las corrientes, el viento y las mareas, al libre antojo de la luna... o de la cadena del water.

Esparciría sus cenizas y me quedaría tranquila. Sin duda la incineración era mejor solución que verlo decrecer bajo tierra con ayuda de algunos invertebrados.

El timbre sonó. Eran ellos, todos juntos, los de la

muerte y el de la vida, con sus enseres y bigotes, formando un armonioso desfile sin banda de música.

Un revuelo de interpretaciones, preguntas, documentos y escapularios morados se apoderaron del espacio, girando a mi alrededor como satélites desorbitados. Estaba más cerca de tí que del trio "matamoros".

-Y a que hora dice que se produjo el fallecimiento.

De momento tú te ibas para el depósito y yo me quedaba en aquella silla con la mirada puesta en un punto fijo y una intensa tristeza entre mis venas de esparto... me las hubiera cortado con tal de acompañarte.

-Bueno señora, ya está todo listo. Firme aquí.

Con la sentencia de un destino quemado en el bolsillo, te ví marchar, ya metido en tu caja, en aquella que tanto habías criticado, menospreciado, y que ahora tan bien se te ajustaba. Allí quedaron mis recuerdos, entre tus cabellos, tus sonrisas, tus indecisiones... entre los compases de algún bolero famoso.

-Espérame en el cielo corazón... o no.